

SABADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

Hoy es día de silencio y de espera. La comunidad cristiana vela junto al sepulcro. Callan las campanas y los instrumentos. Se ensaya el aleluya, pero en voz baja. Es día para profundizar, para contemplar. El altar está despojado, el sagrario, abierto y vacío. Jesús, que compartió toda experiencia humana, pasa por la experiencia de la muerte. Con esperanza estamos junto al sepulcro, confiando en que la muerte no tendrá la última palabra. Es día de serena expectación, de preparación orante para la resurrección. Permanece todavía el dolor, aunque no tenga la misma intensidad que ayer.

Es el día de la ausencia. El Esposo nos ha sido arrebatado. Día de dolor, de reposo, de esperanza, de soledad. El mismo Cristo está callado. Él, que es el Verbo, la Palabra, está callado. Después de su último grito de la cruz: «¿Por qué me has abandonado?», Él calla en el sepulcro, descansa: «Consummatum est», «Todo se ha cumplido».

La Virgen de quedó sola. Ya empezaste a sentir la soledad cuando Jesús se separó de ti para recorrer los caminos de Galilea y Palestina. Te llegaban noticias de él; más no lo veías, ni podías darle un beso; pero tú sabías que él estaba ahí. Las noticias te alegraban o te preocupaban. ¿Cuántas veces te acordarías de la espada que te profetizó Simeón? Tú confiabas y ofrecías. Ahora él ya no está. Todo se ha consumado de manera terrible. Ahora todo es silencio.

Desde la cruz Jesús regaló un hijo a María y regaló una madre a Juan. Y Juan la acogió en su casa. La Virgen ya no estará sola, al menos no del todo sola. Pero aquel sábado tan prolongado se sentía muy sola. ¿Qué cabe hacer, Señora? Ahora es el tiempo de llorar y de esperar

María no podía separarse espiritualmente de su hijo sepultado. ¿Quién podrá llenar su vacío? Su cuerpo estaba en casa de Juan, pero su espíritu estaba con Jesús en el sepulcro. Estaba... y esperaba.

Tras todo un día de reflexión y recogimiento, nuestra celebración tiene lugar en medio de la noche. Lo que la preside y centra es la luz y la alegría, porque la vida del mundo, la nuestra especialmente, está impregnada de una posibilidad nueva que nos han transmitido desde fuera pero que se ha incorporado a nuestra condición de manera permanente. La resurrección de Jesús actúa en nosotros como si de una mutación genética se tratara.

Nos ha dejado el gen interior de la inmortalidad que, por su deseo, se nos aplica a todos, incluidos los que vivieron antes que Él, con la promesa de hacer realidad la culminación de nuestras aspiraciones. A partir de su muerte y resurrección sabemos que todo lo que hizo y dijo se cumplirá. Dios, con el sello de la vida, nos certifica y garantiza que Jesús tenía razón.

Nos lo transmiten dos personas pusilánimes y miedosas dominadas por la tristeza y el pesimismo de la noche y de la muerte. Dos mujeres atrapadas en el dolor de la separación acuden a la dinámica obsesiva de quien no ve posibilidad de otra cosa que afirmar el dominio definitivo de la muerte, la imposibilidad de una vida más luminosa. Dos mujeres que, como todas las de su tiempo, no tienen espacio en la vida pública ni su palabra valor como testimonio de nada. Ellas tienen una experiencia que las transforma. Algo sorprendente e inesperado les ocurre. Narrado con los recursos de quien no sabe cómo hablar de lo inexpresable, en medio de un ambiente todo luminoso y vital, se encuentran con Jesús que vive, les habla y les invita a la alegría. «**No tengáis miedo**».

Aquel joven de un pueblo pequeño, hijo de un carpintero y continuo provocador de debates en los ambientes religiosos de su tiempo, a quienes unos y otros han crucificado de todas las formas posibles, hasta hacerlo de la manera más drástica en una cruz de madera y verlo muerto de una forma cruel y despreciable, algunos dicen que lo han encontrado vivo, que han hablado con Él y hasta han comido, lo que les ha convencido de sus palabras sobre la muerte y todo lo que decía sobre Dios y la humanidad. Ahora entienden que esta noche en la que vivimos sin salida alguna, tiene un horizonte de amanecer, y una nueva época, como si un nuevo día, de una nueva semana, comenzara para todos.

La Historia ya no va a ser una sucesión de anhelos frustrados. La vida ya no será más una experiencia de oscuridad interior sin futuro. Dios nos resucita a todos con Jesús. La vida ya no está condenada a ser un valle de lágrimas sin arreglo. Nosotros ya no somos los eternos hambrientos que ven el pan en sueños pero se quedan sin él. Ahora todo es promesa que va en serio. Lo anunciado y anhelado desde antiguo, por fin, se ha hecho realidad en Jesús y se hará realidad en todos. ¡ENHORABUENA! La vida es ya otra.